Soledad

Lo recuerdo bien, un día cerré la puerta… y no me vieron más; Quizá algunos hallan estado mirando al cielo esperando la ronda de gallinazos rondando mi ventana (no lo sé) y quizá esa idea, es solo mi ego que espera que a alguien le hubiese importado (aunque en el fondo solo había alguien a quien quisiera que le hubiera importado y era justo a quien menos le importaba).

Cada quien lleva sus procesos a su manera; cada quien es libre de enfrentar los acontecimientos de acuerdo a lo que su carácter le indique y siempre he querido suponer que el "cómo" hace parte del proceso. Se requiere una gran determinación para pararse ahí en medio del miedo, del desespero y la angustia, del dolor y la desesperanza y agarrar una ruta hacia el consuelo.

Determinación, me encanta esa palabra: es el albedrío y también la fuerza, la entereza y el carácter, la expresión ultima de cuando se toma una decisión y se asume de manera consciente y sin matices, de manera estricta, o como se dice en mi tierra, "con la putería" que requiere la situación. La determinación parte del convencimiento y requiere más que nada el autoconocimiento. No se trata, o por lo menos lo creo, de salir a cazar mariposas y encontrar un lenitivo cualquiera, sino de aceptarse, aceptar lo que hay y los inamovibles; solo teniendo como punto de partida eso esencial que uno es y aceptándolo de manera sincera se puede buscar una salida certera: una salida que no implique seguirse perdiendo por medio del caos de no "ser".

Aceptarse debería ser una tarea ineludible que cumplir en nuestras etapas tempranas, pero un día pasamos de esa infancia romántica de no tener presiones (preocupaciones de adultos) a la adolescencia que es básicamente una etapa de presión social para la que rara vez estamos preparados. En sí la infancia y la adolescencia deberían ser esas etapas en que se forja el carácter, yo supongo que para eso es en esencia, sin embargo, cuando nos sorprende el cambio y la responsabilidad social damos un salto a la necesidad de ser social y lo hacemos sin darnos cuenta con las manos vacías.

Más allá de los porqués (de las razones individuales de la carencia de carácter), pasar a la etapa adulta tendría que implicar el autoconocimiento y la aceptación "SIN LUGAR A DUDAS" de lo que somos de manera irremediable. No deberíamos pasar nuestra etapa adulta preguntándonos quienes somos, teniendo dudas de nosotros mismos, o intentando encajar. Las relaciones interpersonales adultas no deberían ser una negociación del "yo" frente al otro porque ese "yo" debería simple y llanamente ser innegociable.

Vale aclarar que con lo anterior para nada digo que no deba haber negociación, es obvio porque de lo contrario no habría posibilidad alguna de socialización, me refiero a los mínimos, al carácter, a los valores, a los principios… a esas cosas que cuando son negociables, entonces nunca existieron.

Para fortuna o infortunio ahí están y son adultos sin carácter, no saben quiénes son o para donde van y ni siquiera saben lo que realmente anhelan. No es mi caso, pero si quieres ver entrar en shock a un adulto pregúntale acerca de su deseo de propósito, sus proyecciones o deseos racionalizados mas profundos. La verdad es que la mayoría nunca lo han tenido claro, van por la vida dando tumbos, rebotando de un lugar a otro sin determinarse realmente nunca, a nada, preparados solo para una cosa y solo una: ser víctimas de las circunstancias.

El “sabor” de la victimización adulta supera por mucho cualquier pulsión individual o social (incluso la sexual), nunca se equivocan y si lo hacen, siempre es por las circunstancias.

Por ello no es para nada raro, por decir que es sorprendentemente común, encontrar adultos “ya formados” sin poder resolver conflictos paternales o complejos adolescentes. No creo equivocarme en afirmar que asistimos a un entorno social de gente enferma que jamás buscó una manera, más que huir, de enfrentar sus propios traumas sin recurrir a culpar a alguien más o sin encontrar en esos traumas la justificación para ser estúpidos sin remedio, entregados a la estupidez… obvio está por culpa de alguien más. Asistimos a un entorno social de gente que jamás en la vida se preguntó sobre sí y mucho menos intentó obtener respuestas o comprometerse a “ser” y enfrentar las consecuencias de “ser”, porque obvio tiene sus desventajas sociales, pero de ello hablaré más adelante.

Mi determinación ha sido la soledad decidida, el aislamiento consciente...

Obvio la soledad tiene matices; inicialmente de hecho, fue la soledad obligada, esa soledad de abandono propia de haber dejado el alma y la piel en otra determinación. La soledad obligada que solo puede entender alguien de pasiones profundas.

El problema de la determinación es que esa convicción, ese empeño, esa pasión, implica no solo el compromiso, sino la espera de un resultado. Así como quien va al gimnasio con convicción y se frustra tras meses de no haber logrado su objetivo. El problema con los objetivos es que nadie nos dijo que pueden no cumplirse, por el contrario, desde pequeños se nos ha preparado con la idea de lo posible: “todo es posible si lo haces con empeño, con dedicación y amor”. Y entonces te despiertas un día y tienes 42, ya hay algunas arrugas y aunque la vida no ha sido detestable en muchas formas, encuentras que esa meta, justo esa que has buscado y construido (por la que hubieras renunciado a todo lo demás), en que te has esforzado con toda la dedicación y por la cual has dado cada paso de tu trasegar, es intangible; solo es el remiendo de la idealización. Te ves ahí descubriendo que no hay una formula, un camino, o determinación suficiente que te garantice que ese empeño y esa dedicación conlleven al resultado esperado.

Uno merece que se compense su fe…. Lo recuerdo, lo decía de rodillas en una banca de la iglesia con los ojos aguados y ese nudo en la garganta que no es más que la tiroides somatizando el estado emocional. Y luego de un tiempo terminar por descubrir que no hay compensación, solo el azar de todo eso que no depende de nada ni de nadie, y ni siquiera de uno mismo; que no hay merecimiento, solo vida que se desenvuelve de manera azarosa sin importar la bondad del acto, el empeño o los rosarios semanales.

www.duermevela.co

Más atrás me referí a enfrentar las consecuencias de “ser”, porque obvio tiene sus desventajas sociales. Recuerdo que alguna vez, en medio de ese caos inicial del suceso en sí, alguien cuestiono (alguien obviamente sensible y empático con mi tristeza) sobre mi aislamiento.

De bastantes modos y lo sé, la mayoría encuentran en lo contrario (ósea, en abrirse al mundo) el lenitivo, y no es mi asunto juzgar. Pero si es necesario expresar que de acuerdo a mis convicciones

no encuentro lógica alguna en salir a encontrarse en otros; por el contrario, considero que de hecho es contraproducente salir al mundo vulnerable a ser vulnerable, a un mundo que no desestima la posibilidad de aprovecharse de alguien en esas circunstancias, de un mundo en esencia egoísta y mezquino que rara vez pierde la posibilidad de ver un alma agonizante para usufructuar esa tristeza.

Cuando se atraviesa una etapa de tristeza, lo único que uno realmente desea es que cese el dolor, en ello se agrupa la capacidad de superación del asunto en cuestión; sin embargo, en mi concepto no se trata de lograrlo de cualquier manera (a cualquier costo); el modo importa y determina lo que sigue.

El proceso para mi es el reencuentro (y también de muchos modos), lo veía en ese entonces y lo veo ahora, prostituir lo que he sido (con tal de lograr que cese el dolor), en medio incluso de todo ese vacío me parecía no solo insoportable, sino trágico. Era el desconocimiento de mí mismo, de eso que siempre había sido, de lo inamovible y esencial que me hace quien soy.

Justo ahí comprendí que ahí estaba. No necesitaba buscarme porque ahí estaba en toda mi plenitud. Y me vid e 14 y de 22 y 35 siendo el mismo. Más que tiempo o lágrimas, requería el aislamiento, el reencuentro con eso esencial, el redescubrimiento de todo eso que era y había querido olvidad en ese afán irremediable de ser social. Retomar el camino justo donde lo había dejado por lo que consideraba en ese entonces un deseo superior.

Nunca fue o ha sido nada personal, ni mucho menos un ensañamiento con nadie (quizá, y solo quizá, solo un poco conmigo mismo por esas lecciones repetidas que me he negado a aprender durante tantos años).

“Ser social”, de muchas maneras es la renuncia a “ser”, te hace vulnerable (y ni que decir de “si ya lo estás). No creo que sea extraño para nadie de corte trascendental (alguien que realmente se concentre en sí y se haga preguntas trascendentales sobre sí) entender lo complejo que es ser genuino en una sociedad cada día más repetida, vislumbrar el rechazo que conlleva ser genuinos, tener opiniones propias o carácter. De muchos modos ser social implica acomodarse al otro y no es extraño que la expansión del círculo social siempre vaya de la mano de grandes sacrificios de corte individual.

Y en ese proceso de pasar de la soledad obligada a la soledad decidida, no quería (y era consciente) de salir a ese mundo a ser vulnerable.

Y entre tanto, aquí sigo y estoy vivo (que sea una prueba de supervivencia) quizá más que nunca… el gallinazo explorador si ha pasado a dar alguna ronda de reconocimiento, pero ha sido en vano. Aquí estoy y un día bajaré las escalas y me enfrentaré a la vida siendo fuerte de nuevo.

no es aprender la lección... es aprender a vivir las lecciones.

Dicen que nadie puede descender al infierno y luego resurgir siendo el mismo, en parte tienen razón y en parte no… en parte no, si quien surge es el “yo”, ese autentico y verdadero que justo descendió al infierno por haber olvidado quien era.